



# La Santa Cruz y el Santo Sepulcro: formas y espacios románicos

Javier Martínez de Aguirre  
*Universidad Complutense de Madrid<sup>1</sup>*



Cuenta Eusebio de Cesarea en su *Vida de Constantino* cómo el emperador ordenó excavar en el emplazamiento del sepulcro de Cristo hasta que “contra toda esperanza ofreciese a la vista el santo y venerable santuario de la resurrección”. A continuación erigió “junto a la salvífica cueva un oratorio digno de Dios”, para lo cual gastó ingentes capitales que manifestaran “el carácter extraordinario, grandioso y opulento de la obra”. Este es el origen del conjunto formado por tres elementos: el monumento que contenía “la venerable cueva”, “el vastísimo espacio que se extendía al aire libre” circundado de corredores porticados por tres lados y, “al lado opuesto a la caverna, que mira hacia el levante (...) la basílica, obra en verdad descomunal”<sup>2</sup>. Narraciones más tardías adornaron la historia con las habituales intervenciones milagrosas protagonizadas por santa Elena, la madre del emperador, que habrían permitido la localización en sus proximidades (tal y como describía san Juan<sup>3</sup>) del lugar del Calvario e incluso de la cruz en que había padecido Jesucristo.

A finales del siglo IV la monumentalización del área acogía dentro de un recinto común construcciones que conmemoraban la Crucifixión, el Santo Entierro y la *inventio* (hallazgo) de la Santa Cruz. Quedó así constituido un recorrido que seguían los peregrinos y proporcionaba marco a distintas celebraciones litúrgicas. Los más antiguos relatos de viajeros diferencian los ámbitos y exponen la cercanía entre unos y otros. La peregrina Egeria, que visitó Tierra Santa hacia 381-384, da cuenta de los ritos que congregaban a los fieles en la iglesia mayor llamada *Martyrium*, en la Cruz y en la Anástasis<sup>4</sup>.

La distinción entre estos tres espacios, muy próximos entre sí, se ve confirmada por las descripciones posteriores. Sobresale la de Arculfo, quien los habría visitado en repetidas ocasiones hacia el año 690. Sus noticias fueron empleadas por san

Adomnán de Iona para la redacción de *De locis sanctis*<sup>5</sup>. Las ilustraciones de los códices que contienen el texto de Adomnán (fig. 1) ubican por separado pero dentro del mismo recinto la *Constantiniana Basilica*, la *Golgothana Ecclesia*, la *Ecclesia Sancte Marie* y la *Rotunda* monumental que envolvía el *Sepulcrum Domini*. Era este edificio circular, conocido como Anástasis (resurrección), el de formas más impresionantes. Lo solían representar de manera gráfica mediante círculos concéntricos en los que el dibujante especifica la ubicación del sepulcro propiamente dicho y los tres ábsides exteriores con sus altares<sup>6</sup>. Las enormes dimensiones y las particularidades arquitectónicas de la rotonda, con su cubierta culminada en orificio circular que ponía en contacto tierra y cielo, la singularizaban en la memoria de los viajeros.

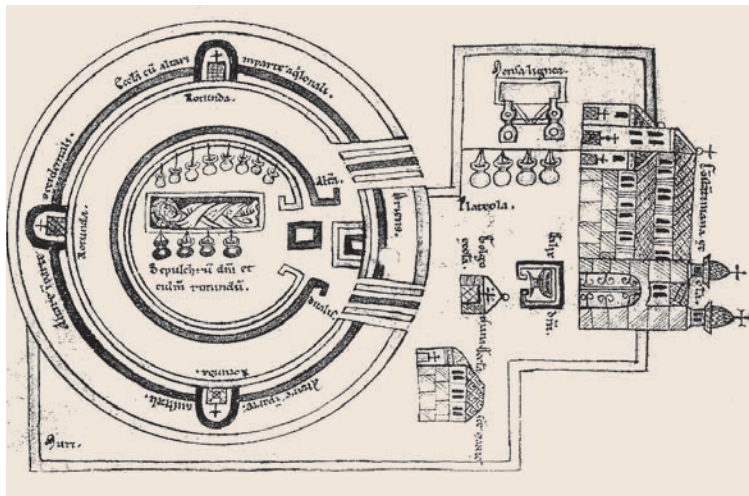


Fig. 1. Adomnán de Iona, *De locis sanctis Hierusalem* (Viena, Österreichische Nationalbibliothek, Cod. 609)

En el siglo XII, la ampliación del santuario dedicado al Santo Sepulcro con nuevas construcciones añadidas al este de la rotonda (fig. 2), acogió dentro de un mismo edificio los espacios de cada uno de estos memoriales hasta entonces separados, respetando los ámbitos litúrgicos diferenciados<sup>7</sup>. Los peregrinos entraban en la gran construcción por la doble puerta de la fachada meridional. Como sucede en la actualidad, quienes querían venerar el *tegurium* del Santo Sepulcro, en el centro de la Anástasis, debían dirigir sus pasos hacia su izquierda, al Oeste; mientras que quienes buscasen primero el lugar del calvario o el de la *inventio* de la Santa Cruz se encaminarían hacia su derecha, en dirección este. El *Libellus de locis sanctis* de Teodorico (1172) distingue la iglesia del Sepulcro del Señor (con la capilla, la iglesia redonda y el coro de los canónigos), la capilla de Santa María y de la Santa Cruz (con la cárcel, el altar de San Nicolás y la puerta del claustro), la capilla de Santa Elena (con la cueva donde fue hallada la Vera Cruz), el monte Calvario con la capilla de la Crucifixión y otras capillas menores<sup>8</sup>.

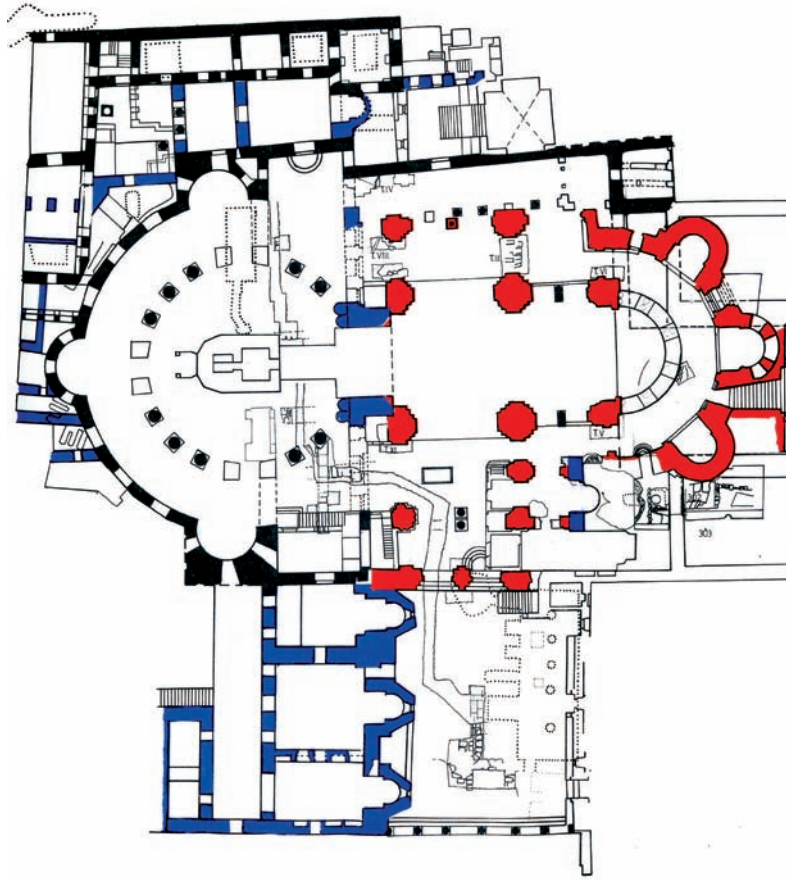


Fig. 2. Planta del Santo Sepulcro de Jerusalén según Corbo (1981). En negro: período constantiniano; en azul: restauración de Constantino Monómaco (siglo XI); en rojo: transformaciones introducidas por los cruzados (siglo XII)

En el siglo XII el culto al Santo Sepulcro se focalizaba en el edículo situado aproximadamente en el centro de la rotonda, a cuyo interior accedían los peregrinos con el anhelo de tocar la roca donde habían depositado el cuerpo del Señor. La veneración de la Santa Cruz se diversificaba por una parte hacia el lugar del hallazgo y por otra hacia la reliquia material, un gran fragmento del sagrado leño adornado con orfebrería y pedrería<sup>9</sup>.

En resumen, ya antes de la primera cruzada en la percepción y el recuerdo de los visitantes se yuxtaponían los lugares consagrados al Santo Sepulcro y a la Santa Cruz. Una vez construida la nueva cabecera, consagrada el 15 de julio de 1149 (exactamente cincuenta años después de la conquista de la ciudad), todavía se habría incrementado la impresión de que ambos ámbitos de veneración formaban parte de una unidad.

El culto al Santo Sepulcro encontraba (y encuentra) cada año su momento fuerte en la celebración del triduo pascual, concretamente con la conmemoración de

